

Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Conflito e integração na América do Sul: Brasil, Argentina e Estados Unidos (Da Tríplice Aliança ao Mercosul), 1870-2003.* Rio de Janeiro, Editora Revan, 2003, 676 páginas.

Luiz Alberto Moniz Bandeira es no sólo un investigador prolífico, sino que tiene una prosa tan particular que nos permite, en una compendiada oración, comprender rápidamente varios aspectos de la realidad objeto de análisis. Profundo rastreador de sucesos diplomáticos y conocedor como pocos de los entretelones de las relaciones internacionales del continente americano, especialmente de los países del Cono Sur, aún de aquellos hechos escasamente conocidos o que suelen bordear los niveles catalogados como "secretos", acaba de presentar hace apenas un año, un libro de largo aliento en donde los tres principales actores del texto son nada menos que el Brasil, la Argentina y los Estados Unidos. Lo interesante de esta presentación es que el punto de partida del trabajo se centra en las relaciones que han mantenido estas tres naciones a lo largo de más de un siglo, pivotando entre el conflicto y la integración. Abrevando en la historia, fuente principal de su cantera de datos, y teniendo como soporte una constelación de fuentes directas de diversos archivos, vertebra un pormenorizado estudio de las relaciones de los dos grandes países sudamericanos con sus vecinos enhebrando, al mismo tiempo, una historia regional de las relaciones internacionales en donde los intereses de la potencia hegemónica continental no permanecen ajenos. Es posible, entonces, que bajo el título de *Conflito e integração na América do Sul: Brasil, Argentina e Estados Unidos (Da Tríplice Aliança ao Mercosul), 1870-2003*, el lector pueda observar el juego de fuerzas que dinamizan el subsistema de

relaciones internacionales de los países del Cono Sur durante los últimos 133 años, tanto respecto al movimiento propio como en su articulación con los Estados Unidos. El ascenso de la Argentina después de la Guerra de la Triple Alianza, la competencia con el Brasil por influir en la Cuenca del Plata y la carrera armamentista, son los primeros hilos conductores que el autor desgrana para dar inicio a una obra sin par. Aparentemente, no existe un trabajo de esta dimensión -cerca de 680 páginas- que cubra de modo tan completo y analítico el período contemporáneo, que los estudios de la diplomacia clásica suelen ignorar por elegir, generalmente, el pasado colonial o los acontecimientos del siglo XIX, estudiados de forma más exhaustiva. Reviste particular importancia el análisis poco frecuente que el autor lleva a cabo para explicar y analizar los conflictos regionales, producto del reacomodamiento de los Estados nacionales emergentes, relacionándolos con el desarrollo de la industria pesada europea y el consiguiente avance de la tecnología militar. En ese sentido, el militarismo se convirtió en un campo privilegiado de acumulación de capital, lo que llevó a las potencias industriales europeas y también a los Estados Unidos, durante la segunda mitad del siglo XIX, a generar y ampliar los mercados para su producción. Esta concurrencia, en que las grandes casas bancarias concedían a los Estados líneas de créditos para adquirir su armamento, aprovechó naturalmente los litigios y fomentó tensiones entre los países de América Latina, como también de otros continentes.

El análisis de la investigación se concentra especialmente sobre la Argentina y Brasil, pero el objetivo se ensancha gradualmente a fin de abarcar, siempre que sea relevante, no sólo a todos los demás países del continente, sino también a cada una de las grandes cuestiones internacionales que desafiaron a las diplomacias sudamericanas, inclusive más allá del ámbito hemisférico. En ese sentido, es una obra original, una auténtica historia conjunta de las relaciones diplomáticas del Brasil y la Argentina. El trabajo se abre paso explicativo a través de una consistente hipótesis histórica toda vez que Moniz Bandeira reconoce que el método histórico se le presenta como el mejor para el conocimiento de los fenómenos políticos. Ello se debe a la existencia de un infinito entrecruzamiento de causas, y los fenómenos, cuando se manifiestan, son el resultado de transformaciones cuantitativas y cualitativas de tendencias, que se delinean y se desarrollan a lo largo del tiempo. Según el autor, difícilmente se puede comprender la política exterior y las relaciones internacionales de un país, sin situarlas en su concreción histórica, en su encadenamiento mediato, en su condicionalidad esencial y en su continua transformación. En ese sentido, el pasado no es estanco ni maniqueo sino que es un pasado vivo, constituyendo la sustancia real de la actualidad, que no es nada más que un permanente devenir. La comprensión de un fenómeno político o de la política de un Estado pasa, por lo tanto, por el conocimiento de la historia. Los estados nacionales surgieron y se conformaron en determinadas condiciones históricas, y se comportan, conforme a la tradición y herencia sedimentadas en la cultura de los respectivos pueblos, que ellos políticamente organizan y representan. Por lo tanto, los estados son lo que revelan sus acciones, y es por eso que la obra comienza en la etapa de consolidación de esos estados nacionales. A

partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, las inversiones británicas en la Argentina tuvieron una participación decisiva para unificar, centralizar y consolidar el estado nacional, y de este modo se abrió una etapa de prosperidad económica, mientras que el Brasil, dependiente de las exportaciones de café, mantenía un relativo atraso económico, y pasó a orbitar en torno a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, Brasil contaba con mayores recursos naturales, sobre todo de hierro, que le permitieron impulsar un proceso de industrialización a partir de 1946 con la puesta en marcha de la primera usina siderúrgica de América Latina, lo que le permitió desarrollar el sector de bienes de capital, indispensable para la autosustentación del capitalismo. La notable expansión de su industria pesada transformó al Brasil en la octava potencia económica del mundo restaurando, en los años '70 del siglo XX, su posición como potencia regional en América del Sur. Otro aspecto sobresaliente del análisis de Moniz Bandeira estriba en la tendencia hacia la integración entre el Brasil y la Argentina, que históricamente permeó la rivalidad entre los dos países y que, al prevalecer y mantenerse, y en el problemático contexto del endeudamiento externo, influyó e indujo a formar el Mercosur.

Una de las importantes contribuciones que el autor hace respecto a las relaciones internacionales americanas reside en haber traído la narrativa hasta los días actuales. Supo combinar la historia tradicional amparada en los documentos de archivos con juicios nítidos e interpretaciones personales, que no todos tal vez compartan, pero que no son arbitrarios, pues se inspiran en las teorías modernas de las relaciones internacionales y en la sociología política. Por estos motivos, trata con singular destreza la cuestión del petróleo en el escabroso contexto de la Guerra del Chaco de los años '30 y donde, además de los intereses específicos de los contendientes, Bolivia y Paraguay, revela otro tipo de intereses, más velados y ocultos, de los argentinos y brasileños, en la región del conflicto. Además, el texto imbrica hábilmente el entrecruzamiento de los intereses privados y públicos de los países del Cono Sur, incluyendo la preocupación de los Estados Unidos para obtener provecho de tal confrontación. Prosigue con la génesis de la idea de integración plasmada en el Tratado de Libre Cambio Progresivo de 1941 que firmaron el Brasil y la Argentina, y continúa evaluando el mantenimiento tardío del vínculo argentino con la potencia decadente, Gran Bretaña, como contrapartida a las intensas relaciones entre el Brasil y los Estados Unidos en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. La convergencia de los propósitos industrialistas de los presidentes Perón y Vargas, incluyendo el frustrado proyecto de unión aduanera del ABC es también motivo de una profusa investigación. El papel de los estados Unidos durante la Guerra Fría en lo que respecta a la presión ideológica, a la inestabilidad política y a la dominación económica sobre América Latina, forma parte de los capítulos más contemporáneos. Continúa con los proyectos que el pensamiento estructuralista cepalino impulsó a mediados de los '50, sobre todo, a través de los gobiernos de Kubitscheck y Frondizi en su vanguardia, y que poco tiempo después diera lugar a la cooperación en el nivel de consultas que propuso Uruguayana. Los conflictos reaparecen con las prevenciones antagónicas que las

dictaduras militares fortalecieron mediante las diferentes visiones geopolíticas respecto a la utilización de los recursos hídricos de la Cuenca del Plata. La pérdida década del '80 desde el punto de vista económico coincide, paradójicamente, con la recuperación del espíritu democrático en la región y junto al grave y condicionante dilema del endeudamiento externo, replantearon las tendencias políticas anteriores, de tal manera que posibilitaron restaurar los proyectos integracionistas, dando lugar a la génesis y evolución del Mercosur. Finalmente, las relaciones entre los países de la región juegan en función de las resistencias del bloque ante las pretensiones hegemónicas del Alca.

Esta significativa obra es de una lectura indispensable para comprender que la Argentina y Brasil conforman dos polos que giran en torno a un eje de relativa igualdad de poder, al tiempo que el tercer polo ocupa en el mundo una posición impar de incontrastable hiperpotencia. No es posible, en efecto, captar algunos de los aspectos más cruciales de las relaciones entre los dos mayores países sudamericanos si nos abstraemos del papel determinante que en ellos desempeñan los Estados Unidos. Frente a esta desigualdad, podrían concebirse tres posturas básicas o sus variantes. La primera fue la de Río Branco, de la "alianza tácita" con los Estados Unidos., la opción preferencial por parte de Washington, con carácter pragmático y utilitario. A cambio del apoyo diplomático, el Barón contaba con recibir de los norteamericanos amparo o neutralidad en las cuestiones fronterizas, y a la vez constituía un soporte al prestigio internacional del Brasil. En la era de Vargas, se simplificaba la ecuación en términos de alianza en la guerra, recompensada por la siderúrgica de Volta Redonda, símbolo de la industrialización. Una segunda posición, deformación de la primera en la concepción irrealista fue la del "realismo periférico" del período de Menem, la de las "relaciones carnales", en su expresión más deshonrosa. La sumisión era explícita pero ni siquiera por eso los servicios prestados fueron retribuidos, como ya se percibiera anteriormente en la guerra de Malvinas, y se volvió a repetir en el desdeñoso abandono e indiferencia con que fue recibido el colapso financiero argentino. La tercera variante se corresponde con la construcción del Mercosur, no como gesto manchego contra los Estados Unidos, sino porque el proyecto se justifica por méritos propios, por lo mucho que tienen sus países miembro para ganar tanto en complementación económica, como en integración energética y vinculación física, en suma, porque es a favor de sus habitantes y ciudadanos, de nosotros mismos. Es la única de las tres actitudes que implica la superación definitiva del antagonismo estéril entre el Brasil y Argentina, y por el papel de ambos a favor del desarrollo de los más vulnerables, permitiéndoles, mediante el acceso a los dos mercados mayores, ampliar la dimensión de los mercados domésticos.

El libro de Moniz Bandeira contiene un prefacio, escrito nada menos que por Samuel Pinheiro Guimarães, vicencanciller brasileño, un agudo observador del proceso de integración regional en marcha, y un analista perspicaz del sistema internacional en su conjunto. Resalta el contenido del libro porque el mismo revaloriza el papel que históricamente tuvieron las relaciones internacionales en los destinos de la sociedad brasileña. Es que con gran rigor en la investigación, Moniz

Bandeira vuelve a poner en su lugar la política internacional brasileña. El acelerado crecimiento del PBI y de la población, la formación de un mercado interno y de un parque industrial sofisticado y relevante, la diversificación de las exportaciones y la capacitación tecnológica en áreas sensibles como la nuclear, la aeronáutica, la militar y la informática, y la ocupación demográfica y económica de zonas de frontera, fueron contribuyendo para que el Brasil adquiriese una creciente importancia en el contexto internacional y para los Estados Unidos en particular. El principal objetivo de las grandes potencias en relación a los grandes Estados de la periferia es garantizar que su desarrollo político, militar y económico no afecte sus intereses locales, regionales y mundiales. De esta manera, procuran inicialmente, a través de los medios de difusión y de programas de formación de las futuras elites, convencer a la población y cooptar a esas elites para un proyecto de comunidad internacional en que esos grandes estados de la periferia - incluyendo al Brasil y la Argentina - se contenten con una posición subordinada y se mantengan los privilegios que gozan los intereses comerciales, financieros y de inversiones extranjeras en esos estados periféricos. En esta estrategia está siempre presente la idea, a veces enmascarada, de desintegrar territorialmente o desarticular políticamente los grandes estados de la periferia mediante el estímulo a las rivalidades regionales, raciales y religiosas donde existan, y por otro lado, de impedir que esos estados se articulen, tanto a nivel regional como internacional, para enfrentar la acción y la presión de los países más desarrollados. Por estas razones, el análisis de la estrategia estadounidense para América del Sur, y para el Brasil en particular, es de gran relevancia para definir o ejecutar una política exterior eficiente. De allí la importancia de la obra de Moniz Bandeira que, al develar la dinámica histórica de las relaciones entre el Brasil, los Estados Unidos y la Argentina, permite identificar, a lo largo del tiempo, la permanencia de los objetivos políticos norteamericanos.

En los años noventa, las dirigencias del Cono Sur abandonaron el modelo político de cooperación Argentina-Brasil y lo cambiaron por el modelo neoliberal comercialista de integración preconizado por el Tratado de Asunción. El esquema del Mercosur, ante las asimetrías excesivas, aún entre sus principales socios, ante la inexistencia de políticas económicas comunes, y de las tensiones políticas causadas por los otros dos socios menores, librecambistas e importadores, llevaría a obstaculizar las políticas comerciales argentina y brasileña, y a la crisis interna del Mercosur. Este bloque regional y su arancel externo común y las políticas cambiarias inflexibles, junto a las políticas de privatización y desregulación de las economías, solamente podían conducir a donde llegaron: desnacionalización de las economías, aumento de la vulnerabilidad externa, amenazas permanentes de crisis de pagos, subordinación creciente al FMI y a los Estados Unidos, exclusión social, desarticulación institucional, resentimiento entre los dos grandes países, fenómenos que son tan graves tanto en el Brasil como en la Argentina. Ante este cuadro de situación, la estrategia económica estadounidense para América del Sur, permanece y es esencialmente la misma: mantener los lazos de dependencia económica y financiera de los dos principales Estados de Sudamérica utilizando

los acuerdos con el FMI y su creciente administración directa; abrir y mantener abiertos sus mercados para bienes, servicios y capitales y el acceso a materias primas estratégicas como la biodiversidad y el agua, mediante la consolidación interna de esas políticas tanto por la legislación doméstica, como por la creación de agencias reguladoras y técnicas, y por la negociación de acuerdos de libre comercio bilaterales al estilo de Chile, o multilaterales como el Alca, y finalmente por la elección de candidatos afines a tales políticas.

En el caso que el Mercosur se consolide, su futuro deberá pasar, necesariamente, por la búsqueda de una política externa convergente y por el enriquecimiento cultural recíproco. Antes, sin embargo, es preciso reconocer la debilidad de los dos principales socios, su constante tentación de dejarse manipular por los más fuertes, de recaer en la ilusión de que es posible salvarse unilateralmente. De todas las debilidades, una de las más inquietantes es la persistente falta de claridad en la definición estratégica de los proyectos nacionales o regionales de desarrollo a largo plazo. En el fondo, sólo existen dos alternativas, ambas dependientes de las opciones macroeconómicas. La primera es retomar el camino del crecimiento y la reducción de la vulnerabilidad frente la globalización financiera. La segunda es la radicalización de la inserción comercial y financiera, que nos llevó a las casi letales crisis recientes. Debemos negociar juntos en el tablero comercial y financiero, con personalidad de Mercosur y solidaridad económica y política para otorgarle a la relación del bloque frente al Alca alguna consistencia. De lo contrario, nos resignaremos a los designios del mercado financiero, a la aceptación de un Alca desigual, en el cual seremos relegados a la última categoría, conduciendo en poco tiempo a la liquidación de la identidad económica y de la soberanía monetaria, a la disolución inevitable de la alianza estratégica regional.

Finalmente, y este tal vez sería el costado menos sólido del trabajo, las conclusiones finales se remiten a extraer una síntesis del contenido de los capítulos previos, y al lector puede quedarle la sensación de cierto vacío conceptual, justamente en el remate de la obra. Pero, tal vez, sea un recurso deliberado, porque como anticipa el autor, este libro es la continuidad y prolongación de otras publicaciones previas, e induce a prometernos, en un hipotético nuevo texto, desarrollar lo que se nos aparece como una apertura a nuevos horizontes de la región, a nuevas esperanzas y expectativas, a nuevos desafíos y oportunidades, que permitan superar la pobreza y el desempleo al que se han visto sumergidos vastos sectores de la población, y al mismo tiempo, permitan elevar la calidad de vida de quienes habitan el Cono Sur. De todos modos, el compendio final podría no justificarse porque en el mismo contenido de cada capítulo emergen las conclusiones a las que arriba el autor. Sin dudas, el texto de Moniz Bandeira genera explicaciones para comprender los momentos actuales de los países de la región sustentándose en el pasado, avanza en sólidas interpretaciones de la realidad contemporánea y fundamenta cada una de sus apreciaciones con su avezada capacidad de investigador de las relaciones internacionales. Es un libro que debe estar, de manera imprescindible, en los anaqueles de las bibliotecas a disposición de los estudiosos de las relaciones internacionales, de los historiadores, de los analistas

políticos, de los funcionarios públicos, de la dirigencia en general y de todo aquel que quiera abreviar en mayores conocimientos acerca de los países del Cono Sur y sus vinculaciones con el escenario internacional.

Eduardo Madrid

Eduardo Madrid. *Argentina-Brasil, La suma del sur.* Mendoza, Caviar bleu y Universidad de Congreso, 2003, 390 páginas.

Este libro es un aporte significativo al intento de reconstrucción de la historia del Mercosur, que es la forma en que hoy en día se manifiesta un largo proceso de integración del Cono Sur que se remonta al siglo XIX. La investigación que aquí reseñamos parte de la concepción correcta de que la historia debe ser enfocada desde el presente, desde las preocupaciones y las problemáticas del aquí y el ahora. En este sentido, la preocupación de Eduardo Madrid consiste en cuál es el futuro de la integración entre Argentina y Brasil. El libro es el resultado de un trabajo de varios años de investigación en el ámbito del Centro de Estudios Internacionales y Latinoamericanos, perteneciente al Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, en el cual el análisis de la integración en América del Sur fue siempre un campo de estudio privilegiado. Como bien señala su autor en el prólogo, en realidad son dos libros. El primero, en el que se analizan las relaciones económicas bilaterales entre Brasil y Argentina y su política exterior e inserción internacional en la etapa de la industrialización basada en la sustitución de importaciones (1930-1955). El segundo, en el que se profundiza en la integración argentino-brasilera a partir de la conformación del Mercosur en los últimos 15 años. Mientras que en la primera parte, resultado de una tesis de maestría del autor, se indaga en las precondiciones históricas para la existencia del Mercosur, en la segunda se desarrollan los aspectos más significativos de su fundación y desarrollo y sus alternativas actuales.

Al inicio del libro, luego de la exposición de un completo estado de la cuestión que abarca gran parte de los libros y artículos sobre el tema publicados en el último cuarto del siglo XX, se explica el por qué de la periodización elegida. En primer lugar se establece la significativa importancia que los 25 años analizados tienen en la relación entre Argentina y Brasil, momento en el cual, tras la crisis económica mundial y la consiguiente retracción del comercio internacional, se intensifican las relaciones económicas entre los grandes vecinos del sur (acercamiento comercial que se refuerza tras el estallido de la Segunda Guerra). Los cinco capítulos de esta primera parte corresponden a las distintas etapas de la relación entre Argentina y Brasil: la etapa de las aproximaciones comerciales (1930-1936), la de la convergencia recelosa (1937-1941), la del pragmatismo comercial (1942-1945), la de las relaciones distantes (1946-1950) y la de las expectativas frustradas

(1951-1955). Los títulos de cada capítulo presentan una buena síntesis del devenir ambivalente de la relación entre Argentina y Brasil. Así, en el cuarto de siglo que siguió a la crisis mundial iniciada en 1929 y que transformó los modelos económicos tanto en Brasil como en Argentina, la historia de las relaciones bilaterales entre estos países estuvo signada por dos tendencias contradictorias. Una -a la integración- basada en las aproximaciones y las actitudes de colaboración de sus gobiernos, que se apoyaban en la base de un comercio recíproco en incremento por esos años. La otra -al distanciamiento- debido a los celos y los distintos anhelos de liderazgo de la región, la particular inserción internacional de cada país y la injerencia de las grandes potencias que pugnaban por extender sus áreas de influencia en América del Sur. Este es un elemento que hace bien en destacar el autor: mucho tuvieron que ver las presiones de las potencias del norte, Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, en la dificultad para concretar los proyectos de unión aduanera que se presentaron por esos años.

También se tiene en cuenta, a la hora de explicar los obstáculos que frenaron el proceso de integración más allá de la creciente imbricación comercial, la forma diversa en que cada país estableció estrategias de desarrollo a partir de la nueva coyuntura internacional. Brasil, menos condicionado en la década del '30 por haber postergado y reprogramado el pago de su deuda externa, logró un crecimiento industrial bastante significativo. Argentina, bajo la imposición del bilateralismo propiciado por Gran Bretaña, vivió un resurgir más lento en su economía en general y en el sector industrial en particular. Esta persistencia de la fuerte conexión con Gran Bretaña se vio reflejada en las reiteradas discrepancias que manifestaron los gobiernos argentinos respecto a la estrategia panamericana de los Estados Unidos. De todas formas, este desarrollo desigual favoreció un intercambio de complementariedad: Argentina exportaba básicamente trigo, teniendo una balanza comercial positiva, mientras que Brasil debió alentar diversos mecanismos para equilibrar su déficit con el país del Plata y diversificó sus exportaciones, que ya incluían algunos rubros más complejos -derivados del hierro, productos manufacturados, etc.

El autor se encarga de desarrollar con suma minuciosidad todas las alternativas específicas que obstaculizaron la integración entre 1930 y 1955: el arrendamiento por parte de Brasil de destructores estadounidenses, el trueque de café por trigo, las políticas aerocomerciales y la cuestión del caucho, entre otros. Uno de los puntos centrales de las divergencias en cuanto a las políticas exteriores se suscitó a partir de la actitud diferente de ambos gobiernos frente a la Segunda Guerra Mundial. Mientras Argentina mantuvo su tradicional neutralidad, que le permitía mantener sus exportaciones a Inglaterra y Europa en general, Brasil siguió la posición panamericanista impulsada por Estados Unidos y le declaró la guerra a las potencias del eje. Sin embargo, pese a estas diferencias, fue éste el período de mayor intercambio comercial entre Argentina y Brasil, elemento central a la hora de impulsar una mayor integración económica. De todas formas, a pesar de este hecho objetivo e incontestable, la unión aduanera no pudo prosperar, según Eduardo Madrid, debido a las presiones de Estados Unidos: "No tiene

otra explicación el hecho de que las dos economías más vigorosas y las dos naciones más relevantes de Sudamérica, ignoraran elementos vitales que la geografía condiciona y moldea, tales como la proximidad de sus mercados, favorecidos por una considerable frontera común y la complementariedad de sus producciones más significativas. Sin embargo, al mismo tiempo que las fuerzas económicas pujaban para abrirse paso entre los límites jurisdiccionales de los Estados, sus cancillerías desplegaron una batería de concepciones históricas latentes en sus clases dominantes, caracterizadas por las percepciones recíprocas de un antagonismo predominantemente retórico" (p. 243). Pese a estas dificultades -resabios de antiguas disputas por el liderazgo regional y disímil relación con Estados Unidos-, el comercio creciente entre ambos países fue echando las bases para futuros acuerdos en la región del cono sur y sería, como destaca el autor, el suelo común que permitiría, décadas más tarde, la conformación de un mercado común en la Cuenca del Plata.

La segunda parte del libro profundiza en el proceso de constitución del Mercosur y se hace hincapié en la importancia de comprender los problemas históricos para abordar los dilemas actuales. El autor analiza, a grandes rasgos, la evolución de la integración bilateral, en las décadas de 1960, 1970 y 1980, con la creación de la ALALC, la firma del Tratado de la Cuenca del Plata, la constitución del Sistema Económico Latinoamericano y la conformación de la ALADI, todos proyectos que por distintos motivos no prosperaron. Sin embargo, con el contexto crítico generado a partir del endeudamiento externo y las crisis económicas internas, sumado al acercamiento político y económico tras la guerra de Malvinas y el retorno de la democracia en ambos países, se allanó el camino para el acercamiento definitivo entre Brasil y Argentina. Se reflataron los viejos anhelos de integración y se firmó, en noviembre de 1985, la "Declaración de Iguazú", que sería la piedra fundamental del Mercosur. Se avanzó a través de distintos acuerdos hasta que, el 26 de marzo de 1991, los mandatarios de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay firmaron el Tratado de Asunción y fijaron el 1 de enero de 1995 como la fecha de nacimiento del Mercosur.

En esta parte del libro, Eduardo Madrid estudia el rol de las empresas en dicha integración -se presentan algunos ejemplos significativos como las empresas automotrices y las de la alimentación-, la actitud de Estados Unidos -destacándose su escepticismo inicial, tanto en el ámbito gubernamental como empresarial-, la consolidación y ampliación del Mercosur -con la incorporación de Chile y Bolivia como asociados y la creciente relación con otros bloques económicos como la Unión Europea- y su desarrollo en el contexto de las crisis cíclicas que afectaron a los países de la región. Varios fueron, sin embargo, los obstáculos que impidieron la consolidación del mercado común: la vulnerabilidad externa de Brasil y Argentina (ambas naciones fuertemente endeudadas y sometidas a constantes incursiones por parte de los fondos especulativos volátiles), las disputas comerciales (el autor analiza cómo se fueron sorteando los obstáculos en distintos rubros como automotores, textiles, arroz, etc.) y la política exterior impulsada por el gobierno de Menem, que dejaba en segundo lugar la integración latinoamericana.

americana. Entre los momentos destacables del sinuoso camino del Mercosur, se profundiza en el libro el estudio del proceso vinculado con la devaluación del real, en enero de 1999 -que dificultó los términos de intercambio entre ambas economías, debido a la convertibilidad aún vigente en la Argentina-, y el “relanzamiento” del Mercosur en 2000, para intentar superar el freno a la integración que se había producido a partir de la devaluación brasileña y la recesión argentina. Se llega, en el análisis, hasta los sucesos de 2003, incluyendo la crisis que convulsiónó a la Argentina en diciembre de 2001 y las elecciones de Lula y Kirchner, que cambiaron el panorama político en ambos países. Se plantea que es vital la actitud que tomen las nuevas dirigencias políticas, teniendo en cuenta los frenos que significó para la integración la actitud de “alineamiento automático” y de “relaciones carnales” para con los Estados Unidos, llevada a cabo durante la presidencia de Carlos Menem, que en varias ocasiones planteó una estrategia de seguimiento del país del norte en lugar de avanzar en la consolidación del Mercado del Sur.

En ese sentido, se analizan los dilemas en relación con el ALCA, el Área de Libre Comercio de las Américas, que impulsan los Estados Unidos para profundizar el predominio económico sobre el continente. En los últimos meses, se destaca, la relación de Argentina con Estados Unidos se plantea en nuevos términos y la política exterior apunta nuevamente a un Mercosur más ligado a Europa y dispuesto a negociar la entrada al ALCA desde una posición más fuerte (el Mercosur es considerado por los actuales gobiernos de Argentina y Brasil como el ámbito en el que se discute y negocia la posible constitución de dicha área de libre comercio). Es necesario, entendemos, profundizar en los aspectos más globales del proceso de integración. En el contexto de una profunda crisis económica que mantiene casi estancadas a las principales economías del mundo en los últimos años, la disputa violenta por las áreas de influencia en las distintas regiones del mundo es cada vez más frecuente. Las dos guerras contra Irak, la guerra de Yugoslavia, la invasión a Afganistán, el intento de golpe de estado en Venezuela y tantos otros conflictos internacionales no hacen más que mostrar claramente la profunda crisis, que se manifiesta en una confrontación más aguda entre Europa y Estados Unidos. En este marco, la disputa por Latinoamérica se transforma en un capítulo esencial en la estrategia norteamericana y en la reacción europea. La alternativa entre el Mercosur y/o el ALCA tiene que ser analizada también desde una perspectiva que tenga más en cuenta la forma en que los centros económicos mundiales pugnan por establecer hegemonías y áreas de influencia.

Entendemos que el presente libro es una invitación auspiciosa a indagar sobre un tema clave para el futuro de la Argentina. En un sistema económico y político cada vez más “mundializado”, el bloque del Mercosur cobra vital importancia. Su historia, como queda demostrado en este libro, no es el mero resultado del proceso de “globalización” de los últimos años, sino que tiene una historia previa, como se expone claramente en esta obra para el cuarto de siglo que va de 1930 a 1955. Además, el Mercosur tiene una serie de aspectos novedosos que lo diferencian de otros mercados comunes, haciendo su estudio más interesante e impres-

cindible: no está compuesto por países desarrollados ni cuenta con una potencia que lo presida (sus dos socios principales son fuertemente vulnerables en la economía externa, con enormes desigualdades en la distribución de la riqueza y con elevado desempleo y marginación social), tiene una velocidad de integración muy superior a la de otros mercados como la Unión Europea, y depende fundamentalmente de la relación bilateral entre los dos socios principales, Argentina y Brasil. Por eso este libro, que pone el eje en la historia de los vínculos entre estos países, es un avance en la construcción de ese conocimiento común requerido para la integración y un llamado a superar las barreras que hasta ahora impidieron la consolidación de un proceso de acercamiento que lleva décadas.

Leandro Morgenfeld

Pablo Gerchunoff y Lucas Llach. *Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2002.* Buenos Aires, Siglo XXI, 126 pp.*

El libro recientemente publicado por el ex asesor económico principal del gobierno de De la Rúa, Pablo Gerchunoff, y el joven economista Lucas Llach cosechó, hasta el momento, únicamente comentarios elogiosos. Lo curioso es que los aplausos provienen de sectores que, al menos *a priori*, deberían sostener posiciones encontradas entre sí, en particular cuando se trata de sus apreciaciones acerca de la historia económica de Argentina.

El texto, es cierto, no carece de algún vuelo literario, rasgo que lo distingue de la mayor parte de las obras del género. Incluso llama la atención la particular construcción de los indicadores económicos que, según los autores, describen convenientemente el derrotero de la economía nacional desde 1880 hasta el presente. Estos recursos dejan al verdadero mensaje de la dupla de economistas en parte oculto detrás de elegantes palabras e incisivos números. Sin embargo, al apreciar el nudo del razonamiento, toda la aparente singularidad del enfoque se disuelve para dejar al desnudo su indudable filiación con una de las más antiguas tradiciones teóricas y políticas del largo —aunque interrumpido— debate sobre las determinaciones y límites del desarrollo económico argentino. Dejando de lado las cuestiones de forma, en lo que respecta al contenido, la interpretación de Gerchunoff y Llach no encierra novedad alguna: se limita a actualizar sin apartarse en los aspectos centrales las concepciones que inspiran los trabajos de, entre

* Este documento fue elaborado a partir de las discusiones desarrolladas en el ámbito del Proyecto UBACYT EC016 "En busca de una explicación económica general. El desarrollo del capitalismo en Argentina, 1880 – 1975", con Augusto Costa, Mariana González y Cecilia Nahón.

otros, Martínez de Hoz (1967; 1981) y Cortés Conde (1985; 1997). En pocas palabras, se trata de una posición que celebra el período agroexportador, por un lado, y por el otro condena todos los procesos de incipiente industrialización local, ensañándose en particular con los gobiernos peronistas. El ensayo intenta extender este análisis para abarcar la etapa que se abre con la última dictadura militar e incluye la década de 1990. En realidad, aunque no tenga este propósito explícito, es un intento de justificar nuevamente el ajuste y la apertura indiscriminada - eternas recomendaciones de política económica de esta línea ideológica- más allá de los fracasos y de la profundidad de las crisis en que desembocaron.

Esta *tradicional* línea interpretativa reaparece poniendo nuevamente en escena vetustas ideas vestidas con modernos ropajes. No es casual el momento elegido por los autores. Coincide con un momento en que la sociedad comienza a des-pabilarse luego de 25 años de hegemonía del discurso neoliberal y en que se abre un valioso espacio para la discusión crítica acerca de las alternativas reales para el desarrollo de Argentina.

No podemos ocuparnos aquí de desarrollar una pormenorizada crítica en lo que respecta a las elecciones teóricas de los autores, a sus controvertidas posiciones metodológicas, ni a sus apreciaciones históricas de dudosa exactitud. Estos pocos párrafos pueden, no obstante, contribuir a echar luz sobre algunas de sus más salientes inconsistencias. Examinemos, en primer lugar, sus argumentos.

A la manera de los relatos de la teología, el texto sostiene que todas las desgracias que aquejaron a la sociedad Argentina a lo largo de un siglo pueden atribuirse a un supuesto *pecado original*: "una tras otra -afirman los autores- las generaciones argentinas han estado marcadas a fuego por el mito fundante de sus antecesores europeos arribando a una tierra plena de oportunidades" (p. 24). En su génesis, nuestro país contaba con abundante tierra y escasa población. De este estado inicial, según la teoría económica ortodoxa, se desprenden dos postulados esenciales que constituyen el núcleo de toda la trama histórica posterior. En primer lugar, para gozar de las ventajas del comercio internacional, los países deben especializarse en la producción de aquellos bienes que en su fabricación emplean intensamente los recursos nacionales abundantes. Para el caso de Argentina la receta es simple: el crecimiento está asegurado si la producción se dirige principalmente hacia las actividades primarias. Este fue el camino adoptado desde la época de la colonia hasta 1930, con sus consiguientes "ganancias formidables". Pero la situación de partida de Argentina es también responsable de haber engendrado las trabas que impidieron un feliz desenlace. El segundo postulado sostiene que la escasez de mano de obra tuvo como consecuencia que en aquel paraíso agroexportador perdido los salarios fueran excesivamente altos. Los primeros habitantes se acostumbraron a ese estado de bonanza y, lo que es peor, convirtieron a la *equidad* en un "valor político prioritario" que fue transmitiéndose de padres a hijos durante más de cien años. Este punto de partida generó entonces una "dinámica finalmente fatal", porque para los autores el crecimiento requiere bajos salarios y una completa apertura comercial que permita aprovechar la espe-

cialización primaria a escala internacional. Pero los argentinos, en lugar de someterse a su natural destino, reclamaron obstinadamente altos salarios, lo que sólo pudo lograrse mediante medidas proteccionistas, industrialistas y deficitarias. De esta forma Gerchunoff y Llach sostienen que la búsqueda de equidad se contraponen al crecimiento. La debacle nacional se explica porque la sociedad optó por ser equitativa, restringiendo su potencial crecimiento. Esta "pasión igualitaria" de los argentinos tiene su demostración irrefutable: según las insólitas apreciaciones de Gerchunoff y Llach "Argentina fue, hasta tiempos muy recientes, una nación de altos salarios" (p. 14).

Este dogma neoliberal, según el cual el crecimiento no es compatible con la "equidad", fue desmentido por todas las experiencias de desarrollo mundialmente exitosas. Pero, ciegos ante toda evidencia, y sordos ante todo cuestionamiento de las bases teóricas sobre las que se sustenta, esta afirmación se convirtió en el caballito de batalla de los intereses que a toda costa y en toda circunstancia se oponen al desarrollo industrial y promueven la caída de los salarios.

Desarmemos pieza a pieza el argumento de los autores. En primer lugar, revisemos el supuesto *jardín del edén* en el que las cabezas de los primeros argentinos se llenaron de esas aspiraciones a la igualdad, a la postre tan irresponsables como nocivas. El idílico punto de partida que los autores describen cuando se refieren a la época agroexportadora, es un verdadero fraude. Todo el mundo sabe, aunque no sepa más que eso —especialmente hoy— que la historia Argentina se caracteriza por largos períodos de sobrevaluación de la moneda seguidos de violentas devaluaciones. Cuando la moneda está sobrevaluada, el salario medio convertido a dólares al tipo de cambio vigente es elevado en términos de la comparación internacional. En la década de 1880 los altos salarios en moneda extranjera estaban mediados por la considerable sobrevaluación de la moneda nacional. El truco consiste en suponer que los altos salarios medidos en dólares, producto de la sobrevaluación, implican un elevado nivel de vida para la población. El poder adquisitivo interno del salario no es proporcional a su valor en dólares, y para la clase trabajadora —la gran masa de la población— lo único que importa es el poder de compra de su retribución en el mercado local. Pero más allá del problema de la determinación del nivel de los salarios y el valor de la moneda en base a las pobres estadísticas de la época, sólo la más burda de las falsificaciones puede describir a la Argentina de fines del siglo XIX como el reino de la igualdad. Al llegar a la tierra prometida, los inmigrantes de origen predominantemente español e italiano —que por otra parte escapaban de la miseria que azotaba a ciertas regiones de Europa— encontraban condiciones tal vez mejores que las de sus países de origen, pero también chocaban con la imposibilidad de acceder a la posesión de tierras, al tiempo que las condiciones de vida urbanas no eran precisamente paradisíacas, tal como atestigua, por ejemplo, la huelga de inquilinos de 1907 y la abultada evidencia que ofrecen las crónicas de la época. La exuberante riqueza de las capas altas no implicó, definitivamente, lujo y fortuna para los trabajadores urbanos y rurales. La extravagancia de los palacetes en la Recoleta y en París de la clase terrateniente no guardan una relación de igualdad con el hacina-

miento de los conventillos obreros. En 1917, por ejemplo, el 88% de las familias obreras vivían en una única pieza. La propiedad de la tierra, caracterizada por enormes latifundios es otra prueba de que, más allá de condiciones transitorias, la desigualdad era, sin duda, la regla de la etapa agroexportadora. Pocos años después, la huelga de los obreros patagónicos, reclamando un paquete de velas y uno de yerba a los grandes estancieros, expresa con crudeza la verdadera situación social.

De todas formas, no hace falta remontarse 120 años atrás para apreciar la paradoja de los salarios con poder adquisitivo interno deprimido pero elevados en dólares. La estafa de asociar los niveles de vida de los argentinos con su remuneración en moneda norteamericana y no con el salario *real* salta a la vista al considerar los recientes episodios de sobrevaluación del peso. Durante la década de 1990, los trabajadores veían cómo su bajo salario se estancaba al tiempo que la desocupación, la precarización laboral y la desigualdad distributiva trepaban sin límite. Cualquier indicador menos controvertido muestra a las claras este deterioro. El salario industrial promedio de 660 pesos, cuyo poder de compra interno no se alejaba demasiado de la línea de pobreza, al traducirse según el tipo de cambio de la Convertibilidad, alcanzaba los 660 dólares, una cifra respetable en términos internacionales. De modo que este salario elevado en dólares y miserable en pesos empujó a muchos trabajadores de países limítrofes a migrar al país, donde eran superexplotados, aunque tenían posibilidades de girar su magro excedente a su tierra de origen multiplicando el poder de compra de los pesos sobrevaluados. Esta no es la historia que cuentan Gerchunoff y Llach. Para ellos, la pasión igualitaria de los argentinos se impuso a toda prueba: como en su diccionario apreciación cambiaria se traduce en apreciación salarial, el Proceso de Reorganización Nacional y el menemismo, períodos de profundo deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores, se convierten en épocas de abundancia, porque sus salarios son altos en dólares. Nada se dice, en cambio, de los verdaderos apropiadores de la riqueza social durante los últimos 30 años, habitantes de la abundancia en medio del empobrecimiento general, tales como los capitales extranjeros, las fracciones financieras o los capitales nacionales más concentrados. Mientras los trabajadores cargan con la responsabilidad de la debacle nacional, el resto de las clases son liberadas de culpa y cargo por hipótesis.

Este argumento se estira hasta el cinismo. Como "ningún gobierno disfruta de su impopularidad" (p. 91), nos ilustran los autores, la sangrienta dictadura de Videla se vio forzada a recurrir al financiamiento externo con el objetivo de sostener "salarios altos en dólares". La pasión igualitaria de los trabajadores logró su cometido, obligando a Videla —prácticamente un populista—, a iniciar la espiral de endeudamiento externo, cuyo propósito era el de mantener los altos salarios en dólares. En la década de 1990, nuestra protagonista, la pasión igualitaria, también hizo de las suyas. Pero esta vez sus fechorías tuvieron penosas consecuencias para los propios trabajadores: durante el menemismo "el elevado nivel de salarios en dólares estableció un límite al aumento del empleo". Y estas no eran todas las desgracias que ocasionaba el imparable afán de igualdad, porque —siempre según

Llach y Gerchunoff- también el déficit fiscal crónico y el ahora imparable grado de endeudamiento deben atribuirse a la debilidad del gobierno, incapaz de poner límites a la emancipada pasión igualitaria. "Era con el objetivo explícito de mantener la convertibilidad, es decir, ese apreciado nivel de salarios, que el estado incurría en todo tipo de gastos" (p. 97). No es justo, a esta altura, negarles a Llach y Gerchunoff *cierta* macabra originalidad en la argumentación.

En fin, la década de 1990 hubiera sido un verdadero y completo éxito si la sociedad se hubiera entregado con una cuota de sabia resignación a dejar caer sus salarios. "Estamos tentados de sugerir que efectivamente una sociedad que ahora decidía sacrificar algo de equidad en nombre del crecimiento, abrazando para ello la apertura económica, quería al mismo tiempo retener algún resabio de aquel reino de la igualdad, y aceptaba indulgentemente una apreciación cambiaria cuya vida podía ser mucho menos que eterna" (p. 96). El que la hace, la paga. La sociedad insistía en conservar esos "resabios de igualdad" y tenía por tanto bien merecida entonces la crisis que sobrevino ni bien se transformaron las condiciones internacionales. Curiosa explicación de la década de 1990 y su crisis. La apertura y la desindustrialización apuntaban en la dirección adecuada, pero la implementación falló por la debilidad de los gobiernos, sucumbiendo ante la sed de igualdad de los obreros.

Podríamos referirnos finalmente a cuestiones metodológicas, tal como la construcción de muy particulares indicadores, casi los únicos capaces de sostener las polémicas conclusiones ya mencionadas. Basta observar que la poco convencional medida de la igualdad es la única capaz de ocultar el deterioro de la década de 1990. Las insólitas etapas en que fragmentan la historia argentina, carentes de toda justificación seria, tienen gran poder para distorsionar las apreciaciones de conjunto, tal como ocurre con el recorte del período 1929-1963 que mezcla la crisis de 1930 con la etapa de industrialización. También podríamos concentrarnos en los aspectos teóricos para criticar la adhesión al archi-ortodoxo teorema de Heckscher-Ohlin, una explicación del comercio exterior fuertemente cuestionada tanto desde una perspectiva empírica como teórica por autores como Leontieff (1949), Shaick (1990), Krugman (1994) y Guerrero (1995). Este "modelo" teórico es abstractamente aplicado a la realidad argentina sin mediaciones y se convierte en una curiosa explicación acerca de la imposibilidad de la industrialización de argentina.

El rabioso antiperonismo que destila el texto merece una nota especial. Su premisa general es que la insaciable pasión igualitaria presiona permanentemente a los gobernantes para que establezcan medidas proteccionistas, favorables desde el punto de vista distributivo. El máximo triunfo de esta tendencia tuvo lugar en la segunda posguerra, donde entró en escena el otro gran responsable, según los autores, del retroceso argentino: "En la mentalidad de quienes decidían esas políticas (en particular, la de Perón) la relación entre protección, industria manufacturera y distribución estaba bien presente." Los únicos dos actores sociales que intervienen en el ensayo son la ya conocida sociedad argentina representada por su peligrosa pasión igualitaria y el General Perón, que no hace más que darle rien-

da suelta. Nuevamente, el resto de las clases sociales brillan por su ausencia. El reino de la igualdad no admite ni siquiera una mención de los apropiadores de las ganancias extraordinarias, la deuda externa y la renta de la tierra. El capital local, el capital extranjero y los terratenientes fueron testigos mudos e inmóviles de una tragedia en la que no jugaron papel alguno.

Perón desaprovechó la oportunidad inédita de abrir la economía en momentos de enorme expansión del intercambio. En lugar de esta salida virtuosa, "es la época del gran descubrimiento: la economía cerrada ... puede ser una fórmula políticamente imbatible" (p. 76). No es raro que los autores sean duros con Perón, porque, en última instancia, es en este período que los trabajadores se constituyen como una fuerza política de relevancia, al tiempo que sus condiciones de vida mejoraban de manera sustancial. Por otro lado, lejos están los autores de explicar el motivo por el cual la fórmula política invencible pudo ser sometida a 18 años de proscripción. Por supuesto, mucho más lejos están de mencionar a las fuerzas económicas y a los métodos que emplearon para neutralizar a esa fórmula imbatible.

Para concluir, el texto dispara con algún descaro que "el currículo de la ISI [industrialización por sustitución de importaciones] muestra un crecimiento entre pobre y discreto" (p. 89), aunque los números los desmienten. La tasa de crecimiento de la última etapa de industrialización 1964-74 alcanzó el 5,4% promedio anual, triplicando la del período de apertura (1976 a 2001) que llegó al magro 1,7% anual.

El libro contiene también recomendaciones para el presente, a esta altura pre-visibles. "Argentina ya probó con la inflación, la deuda y la economía cerrada, y la experiencia no fue buena". De más está decir que estos males tienen todos idéntico origen: los supuestos altos salarios.

Pero en la Argentina actual, después de años de desempleo y empujados por la última devaluación, los salarios se derrumbaron estrepitosamente. Al mismo tiempo la economía está abierta al comercio mundial. Por fin, todo parece ir bien encaminado según las concepciones de los autores. Pero para Gerchunoff y Llach, subsisten algunos interrogantes: "¿sería una democracia representativa como la Argentina capaz de aceptar [estas] estrictas condiciones ... como lo hizo en los años previos a la Depresión? ¿No es incontenible la tendencia a una moneda tan fuerte como sea posible y a un estado tan deficitario como se lo permitan los mercados de capitales y las máquinas que imprimen dinero, todo ello empujado por la melancolía de aquel reino de la igualdad?" (p. 118). En otras palabras, los autores se preguntan: ¿se terminará de someter pacíficamente la clase trabajadora a las desastrosas condiciones de vida que le dejaron como saldo, en particular, los últimos 30 años de estancamiento y crisis? ¿O, por el contrario -nos preguntamos nosotros- se dejará oír el ruido de rotas cadenas?

Nicolás Arceo, Axel Kicillof y Javier Rodríguez**

** Docentes e Investigadores de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembros del Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (CENDA).